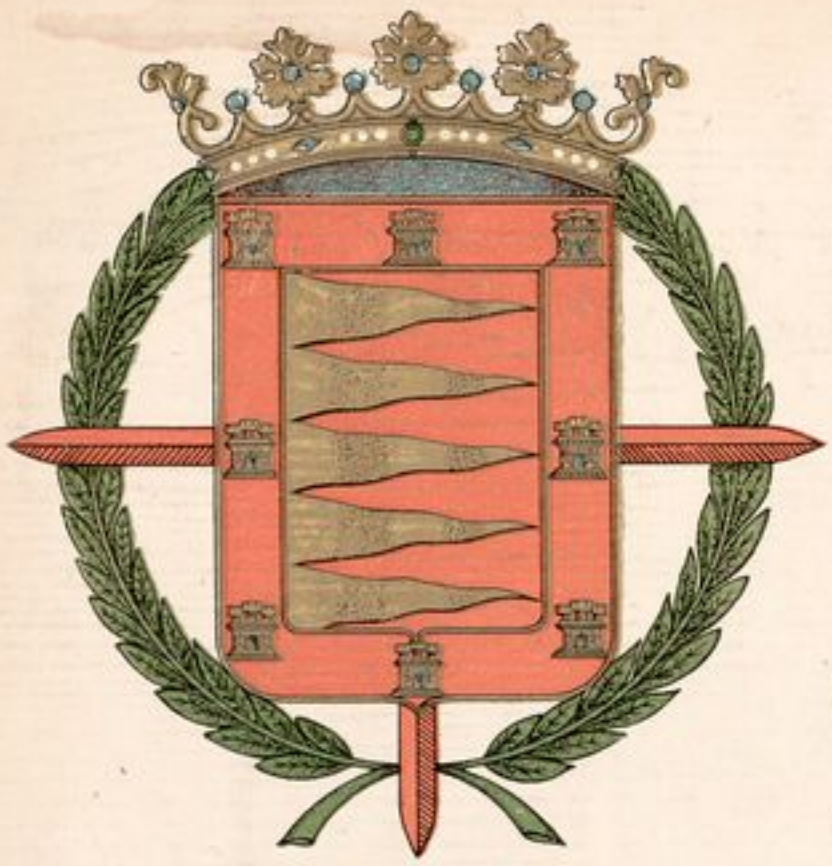
ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA
C.224-1



# SEMANA SANTA En VALLADOLID

Biblioteca del Archivo

1474234
C.224-1

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA
SSV. 8

# Semana Santa en Valladolid.

# En los brazos de la Cruz.

EL sacrificio de Jesucristo en la cruz, es sin disputa, el hecho central de la Historia.

El Redentor divino no es el héroe glorioso de un día; no es una figura confinada en la brumosa lejanía de un pasado que de año en año va haciéndose más oscuro y remoto; no es, en fin, un ausente, salido para siempre de la escena del mundo, sin otra acción ya, ni otra influencia en él, que la que pudiera tener un recuerdo en los confusos y borrosos panoramas de nuestra memoria.

No. Jesucristo es el Dios-hombre; es, por tanto, una realidad viva siempre y siempre actual, tan presente en medio de los que hoy le bendicen y le adoran, como el día de su Pasión entre los que le abofeteaban y le escupían. La transcendencia de su Persona divina supera y excede la categoría de tiempo; por eso no puede ser desplazada del *hoy* de su eternidad, por la marcha arrolladora de los siglos; y por eso también Jesucristo, siendo una realidad histórica, es la única realidad que no cabe en la Historia.

* * *

El cristianismo no es sólo el culto de un recuerdo; no es tampoco la religión de un ideal metafísico, no sólo superior, sino totalmente extraño a nosotros. La transcendencia de la Persona divina de Cristo no es la de las verdades metafísicas absolutas. Jesucristo, es sin duda, un ideal; mejor aún: es el Ideal, supremo y único; pero Ideal vivo, hecho en nuestra naturaleza humana, carne y sangre, con una voz que puede ser captada por nuestros oídos, y una realidad corpórea, que, como dice el inspirado profeta de Patmos, puede ser estrechada y asida por nuestras manos; Ideal de grandeza infinita, tan poco distante de nosotros y, sobre todo, tan poco extraño a nosotros, que nuestra perfección está, según el Apóstol, en vivir *enraizados* y *edificados* en El, para que nuestra vida, infecunda y mísera, se corone con las flores y los frutos del Espíritu de

Dios, y nuestros valores todos, de naturaleza y de gracia, cobren en El, cohesión y reciedumbre, como los bien unidos sillares de un edificio que tuviera sus cimientos en la roca indestructible de la eternidad.

* * *

Después de estas consideraciones compréndese sin mucho esfuerzo, que el sacrificio de Cristo en la cruz sea, no sólo el hecho central de la Historia, sino también una de las verdades-cumbres de nuestra fe. En la cruz se dieron el beso de paz, la tierra y el Cielo; de los brazos de la cruz subió el Hijo de Dios a los brazos de su eterno Padre, y en los brazos de la cruz conquistó el derecho de sostener y guardar en sus manos los eternos destinos de los hombres.

Y en ellas nos tiene y nos guarda, y—El lo ha dicho—*de ellas no puede arrancarnos nadie.* Así, la cruz no es ya infamia, ni es muerte; que es vida y es gloria. En presencia de la cruz, debemos pensar que estamos delante del trono de nuestro rey. En ella se encendieron esas luces de esperanza que han puesto dentro del campo visual de nuestro espíritu las divinas realidades de la eternidad; de ella ha brotado la gracia de nuestra adopción sobrenatural que ha hecho hijos de Dios y herederos del Cielo a los miserables proscritos del paraíso; por ella, el Espíritu de Dios desciende cada día y a cada hora en invisible lluvia de fuego sobre las almas, para lanzarlas animosas por los difíciles y ásperos caminos del sacrificio y de la abnegación, y conducirlas en triunfo a las elevadas y luminosas cimas del heroísmo y de la santidad.

El mundo redimido es, por tanto, el glorioso trofeo de la cruz. En ella, nos conquistó Jesucristo con su muerte; por ella, puede darnos en comunión su misma vida.

* * *

La cruz es la atalaya del Cielo. En sus brazos se nos ofrecen claras y abiertas las rutas de la eternidad, despejadas de sus temerosas esfinges y de sus oscuros enigmas. En ellos, también se nos revela que todo en este mundo, aún las más negras desventuras, aún los martirios más atroces, aún los desamparos más crueles, tiene un sentido redentor y puede ser el crisol de nuestra purificación espiritual.

Pero la cruz, tan amada de Cristo, la aman poco, o nada, los cristianos. Huyen con horror de sus brazos, que, extendidos y abiertos, parécenles una invitación a la muerte, cuando no son sino una llamada a la inmortalidad.

En los brazos de la cruz, lo único que no puede vivir es el pecado. Son los que viven a gusto en el pecado, los que no pueden estar a gusto en los brazos de la cruz.

GERMÁN G. OLIVEROS

Magistral de la S. I. Metropolitana

# Figuras de la Pasión.

*Dibujo de V. Orejas.*

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

* * *

Muere la vida y vivo yo sin vida
ofendiendo la vida de mi muerte;
sangre divina de las venas vierte
y mi diamante su dureza olvida.

Está la majestad de Dios tendida
en una dura Cruz, y yo de suerte,
que soy de sus dolores el más fuerte
y de su cuerpo la mayor herida.

(¡Oh, duro corazón de mármol frío!)
¿Tiene tu Dios abierto el lado izquierdo
y no te vuelves un copioso río?

Morir por El será divino acuerdo,
mas eres Tú mi vida, Cristo mío,
y como no la tengo, no la pierdo.

FREY FÉLIX LOPE DE VEGA.

* * *

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

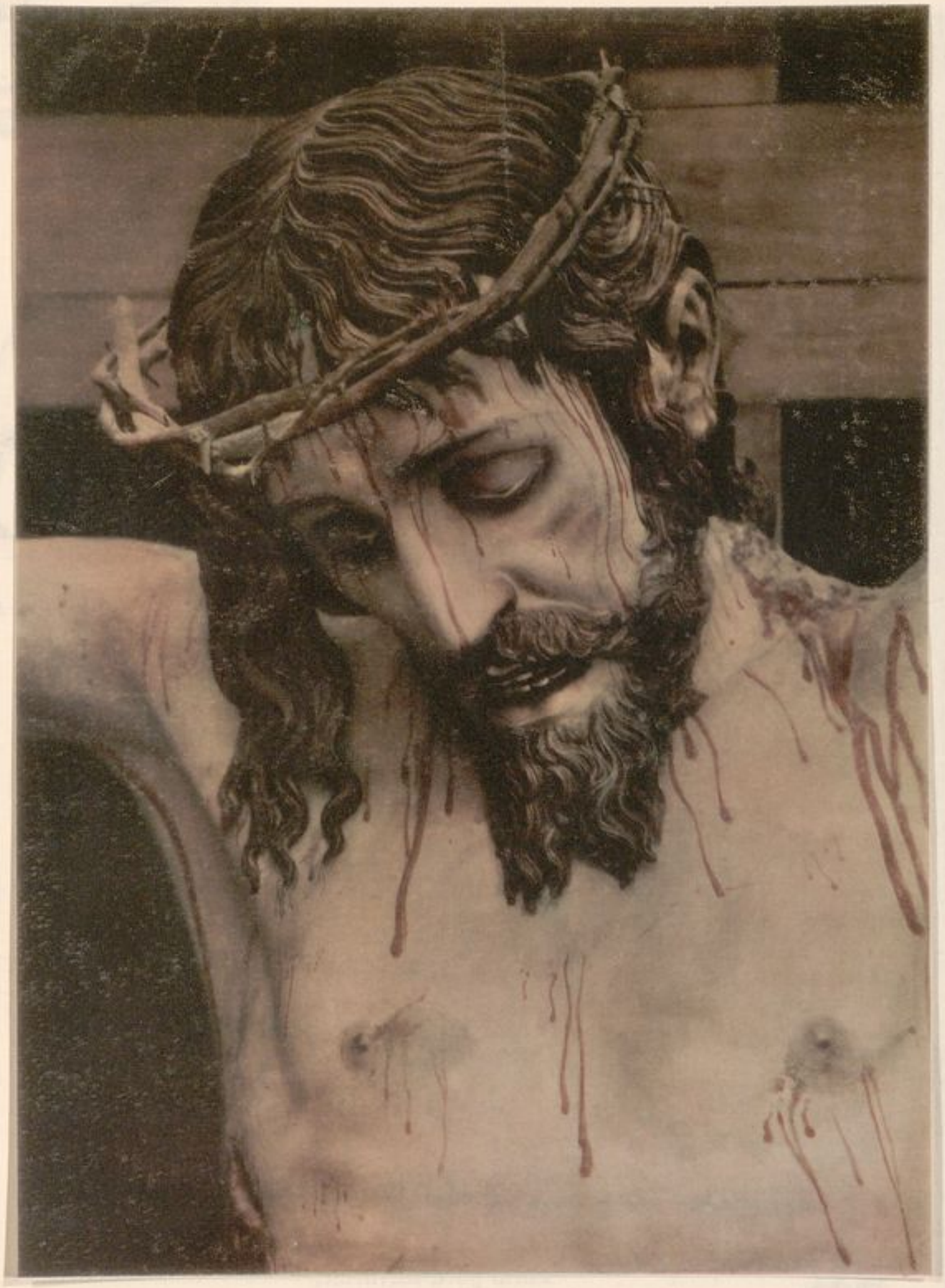
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el yelo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía!:
¡Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuanto amor llamar porfía!

¡Y cuánta (s), hermosura soberana:
Mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana!

FREY FÉLIX LOPE DE VEGA.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*



Santo Cristo de la Luz. - *Gregorio Fernández.*

* * *

Pender de un leño traspasado el pecho
Y de espinas clavadas ambas sienes,
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria, bien fué heróico hecho.
Pero más fué nacer en tanto estrecho,
Donde para mostrar en nuestros bienes
Adonde bajas y de donde vienes,
No quiere un portalillo tener techo.
¡No fué ésta más hazaña, oh gran Dios mío!
Del tiempo por haber la helada ofensa
Vencido en tierna edad con pecho fuerte.
(que más fué sudar sangre que haber frío);
Sino porque hay distancia más inmensa
De Dios a hombre que de hombre a muerte.

D. Luis de Góngora y Argote.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

* * *

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado,
Abiertos, que abrazarme solicitas;
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos a mirarme.

Miguel Sánchez.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

Santa Virgen de las Angustias. - *Juan de Juni.*

* * *

¡Oh, llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
Mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela deste dulce encuentro.
¡Oh, cautiverio suave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado,
Que a vida eterna sabe,
Y toda deuda paga,
Matando, muerte, en vida lo has trocado!
¡Oh, lámparas de fuego,
En cuyos resplandores,
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba escuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto a su querido!
¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente sólo moras,
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
Cuán delicadamente me enamoras!

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

Santa María Magdalena. - *Juan de Juni.*

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

* * *

Adán en paraíso, Vos en huerto;
El puesto en honra, Vos en agonía,
El duerme y vela mal su compañía,
La vuestra duerme, Vos oráis despierto.
El cometió el primero desconcierto,
Vos concertastes nuestro primer día;
Cáliz bebéis que vuestro Padre envía;
El come inobediente y vive muerto.
El sudor de su rostro le sustenta,
El del vuestro mantiene nuestra gloria;
Suya la culpa fué, vuestra la afrenta.
El dejó horror y Vos dejáis memoria;
Aquél fué engaño ciego, y esta venta:
¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

D. Francisco de Quevedo y Villegas.

* * *

De Tí, muerto Jesús, nace la vida,
Que, muriendo, a la muerte diste muerte,
Y de tu amor nos vino aquella muerte,
Que nos levanta a nueva y mejor vida.
Muerte más venturosa que la vida,
Pues libra al hombre de la eterna muerte,
Y así, mayor tesoro que tu muerte,
Nunca le tuvo ni tendrá la vida.
Del sentido la vida me da muerte,
Porque su muerte puede darme vida,
Que no tema las fuerzas de la muerte.
Muriendo, vivo, y muero estando en vida,
Y estoy tan deseoso desta muerte,
Que por poder morir amo la vida.

Fray Pedro de Padilla.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

La Verónica. - *Gregorio Fernández.*

* * *

*Feridas tenéis, mi vida,*
*y duélenvos;*
*¡Tuviéralas yo, y no Vos!*

¿Quién os puso desa suerte,
Mi Jesús enamorado?
—¡Ay, qué caro me ha costado,
Alma, buscarte y quererte!
Mis heridas son de muerte,
Aunque dadas por tu amor.

*Feridas tenéis, mi vida,*
*y duélenvos;*
*¡Tuviéralas yo, y no Vos!*

Fuera yo, Señor, la herida,
Si son de muerte las vuestras.
—Pues, ¿qué dolor de ellas muestras?
Alma, llámalas de vida,
Que no verás en mi herida
Donde vida no te doy.

*Feridas tenéis, mi vida,*
*y duélenvos;*
*¡Tuviéralas yo, y no Vos!*

¡Ay, cómo me han lastimado,
Las heridas que en Vos veo!
—Para lo que yo deseo,
Pocas son las que me han dado,
Que no es buen enamorado
El que no muere de amor.

*Feridas teneis, mi vida,*
*y duélenvos;*
*¡Tuviéralas yo, y no Vos!*

El Maestro José de Valdivielso.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

José de Arimathea. - *Juan de Juni.*

# A la Cruz.

Arbol divino y santo,
y nunca entre las selvas producido,
fértil y hermoso tanto,
de cuyas ramas vió la tierra asido
el fruto más sabroso,
cándido, puro, virgen, limpio, hermoso.
Arbol de la victoria
del Príncipe de paz, ilustre planta,
digna de eterna gloria:
medida que a los cielos se adelanta,
pues sobraste a las manos
que pintaron sus orbes soberanos.
Arbol, a donde estuvo
nuestra vela mayor tendida al viento,
por quien la nave tuvo
de nuestras esperanzas salvamento,
del cielo puerta, y puerto
por un costado de la tuya abierto.
Ara, donde el cordero
llegó al cuchillo, humilde, manso y mudo,
que si el Isaac primero
hallar defensa al sacrificio pudo,
en tí desamparado
murió el segundo de su padre amado.
Palma santa Idumea,
triumpho del Capitán de nuestra vida,
campo de la pelea,
donde la muerte se rindió vencida,
carro, en que van atados
tales despojos y tan bien ganados.

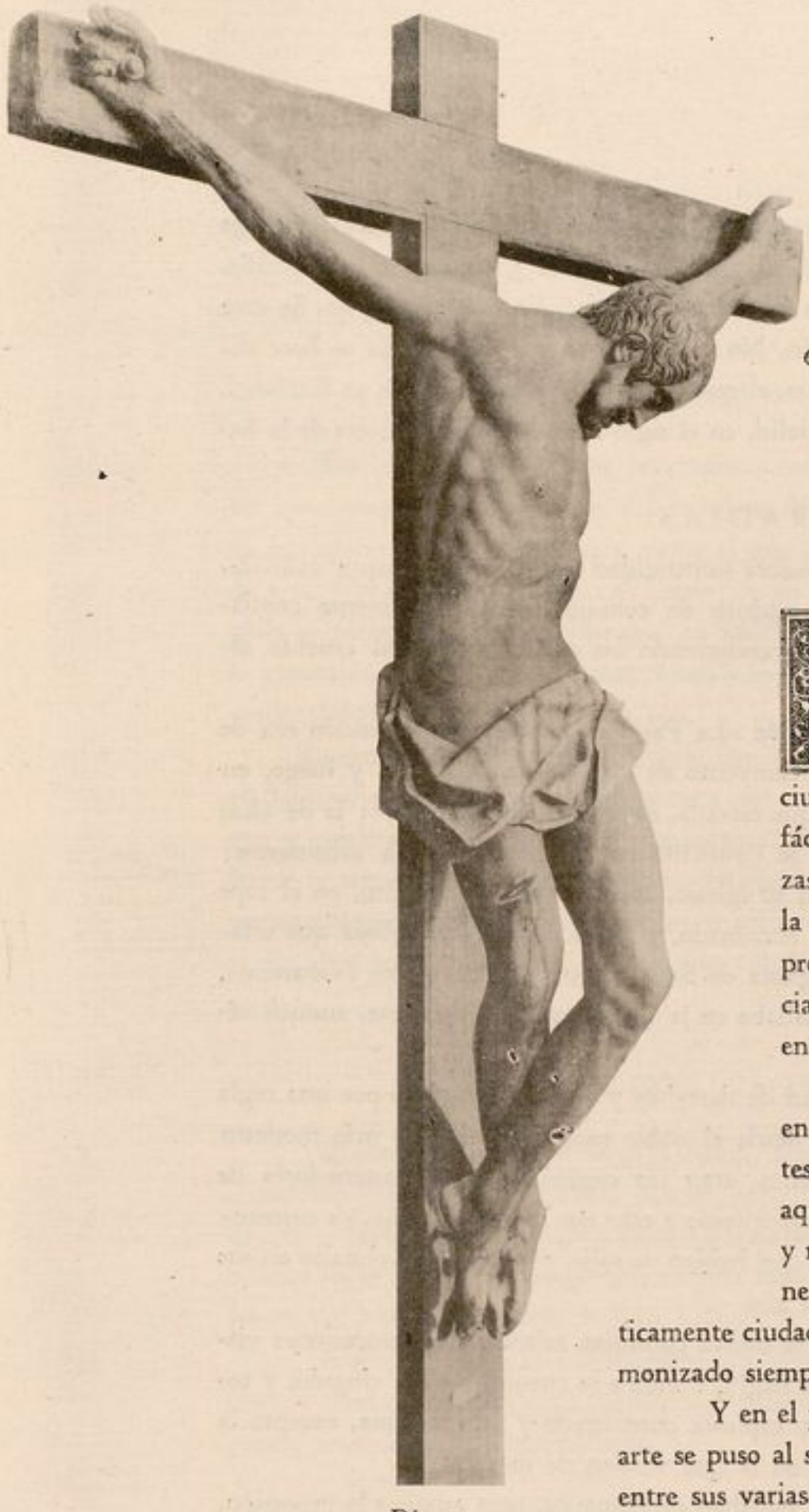
Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

Simón Cirineo. - *Gregorio Fernández.*

Cruz, que siendo desprecio,
por consagrarte aquel dichoso día
llegaste a tanto precio,
que se te debe adoración latría,
essos ramos extiende
y en su divina sombra nos defiende.
Aquí donde la esposa
abrasada en dulcíssimos amores
descansaba gozosa,
haciendo de la myrrha de tus flores
epithyma suave
al corazón que tus regalos sabe.
Aquí descanse el alma,
las fuentes de los ojos den tributo,
en esta fertil palma
suba ligera por el dulce fruto,
aquí pues tan opimos
sus ramos dan espigas y racimos.
De tí también desprenda
aquel cordero santo, aquel divino
Sacerdote y ofrenda,
pan de proposición, valiente vino,
que a la muerte se arroja,
y la cándida estola en sangre moja.
¡O Cruz alma! ¡O suave
camino del Cielo!, ponte intercediendo
como del Cielo llave,
quando el proceso de mis años viendo
esté quien en tí espira,
en medio de mis culpas y su ira.

FREY FÉLIX LOPE DE VEGA.

Sayón.
*Dibujo de E. San Juan*



Dimas.
*Gregorio Fernández.*

# La Semana Santa en el pasado.

POCO a poco se han ido esfumando en el tiempo las venerables costumbres de nuestros mayores, y Valladolid, la ciudad históricamente gloriosa, en la que tuvieron fácil albergue y hogareño acomodo todas las grandezas, la que gestó hombres con alma y brazos de titán, la que supo hacerse una Universidad, de general prestigio y albergar y ennoblecer la primera Audiencia del Reino, llegó a su máxima prestancia y poderío en los siglos XVI y XVII.

La Corte, tuvo largo tiempo su residencia en ella, y si perdió la Corte no perdió nunca la cortesanía, en el más amplio sentido de la palabra, y aquí artistas y científicos, juristas y poetas, teólogos y médicos, hallaron amplio campo a sus especulaciones y formaron este espíritu de Valladolid, aristocráticamente ciudadano, en el que la fe, el arte y la ciencia se han armonizado siempre en estrecho abrazo.

Y en el pasado histórico, la fe dió sus modelos al arte, y el arte se puso al servicio de la fe, surgiendo de este feliz consorcio, entre sus varias manifestaciones, la época áurea de nuestras procesiones de Semana Santa, celebradas por nuestros escritores y no menos elogiadas por los extraños, tales como el portugués Pinheiro da Veiga, y el francés Barthelemy Joly, entre otros.

La escuela vallisoletana de escultura, tuvo en las procesiones, un nuevo punto de partida y una finalidad para sus creaciones. La imagen pasó de su finalidad contemplativa en el altar y en el retablo, a ser fuente viva de piedad en la calle, y junto a la representación de tipo tradicional y clásico en la expresión religiosa, surgió lo episódico y accidental, con vida propia, y lo barroco, que es hiperestesia del sentido realista, se acentúa y fija con caracteres indestructibles ya.

Berruguete, clásico y genial, y Juni, todo violencia realista, preparan el camino, y Gregorio Fernández, barroco y sentimental, imaginero de lo popular, y vértice de lo cuotidiano, plasma el sentir de un pueblo austero, que se mueve ya dentro de los canones expresivos que impuso el Concilio de Trento, al que llevaron el sentir del pueblo español, españoles prelados y teólogos, muy lejos ya de supervivencias medievales, y alejados también de clásicas desviaciones interpretativas.

El arte procesional, se forja aquí, con caracteres imborrables y propios. Otras escuelas arrancan la imagen del altar, y con sus paños suntuarios, sus luces y sus joyas, la sacan a la calle, en brillante desfile de luminarias. Es el altar que ha echado a andar. En Valladolid, no. Se crea una imaginería propia de la calle y de la procesión. No es el mismo arte que un día se hace dinámico y deambula por la ciudad. Es un arte nuevo, al que se le une el dinamismo de su finalidad.

Pero veamos cómo se celebraba en Valladolid, en el siglo XVII, la pompa austera de la Semana Santa.

## LAS COFRADIAS

Los principales elementos factores de la austera suntuosidad de la Semana Santa vallisoletana lo fueron, sin duda, las cofradías, que con su espíritu de cohesión democráticamente cristiano, y con sus sacrificios, fueron paulatinamente engrandeciendo los cultos debidos al cruento sacrificio del Hijo de Dios.

Estas cofradías penitenciales eran cinco: la de «La Pasión», cuyo guión o pendón era de color negro, y estaba domiciliada, primero, en el Convento de la Trinidad Calzada, y luego, en su iglesia propia, que aún hoy se conserva, aunque cerrada, en la calle de su nombre; la de «Las Angustias», que tenía su pendón de color azul, y se domicilió en la iglesia todavía subsistente; la de la «Cruz», con pendón verde, establecida en su iglesia, aún hoy abierta al culto, en el tope de las Platerías; la de la «Piedad», con pendón encarnado, y domiciliada en la iglesia que estaba en la calle de Pedro Barrueco, y luego en la iglesia de San Antón, y la de «Jesús Nazareno», cuyo pendón era de color morado, y que se domiciliaba en la iglesia, que hoy subsiste, aunque reformada, en la calle de su nombre.

A estas cofradías pertenecían, con igualdad de derechos y deberes y regidas por una regla inviolable, todas las clases sociales de Valladolid, desde el noble más alcurniado al más modesto ganapán, y ellos, aparte de otras piadosas obligaciones, eran los organizadores y sostenedores de todo lo necesario a las suntuosas procesiones, ya asistiendo a ellas con el debido traje, ya costeando las luces y los pasos que habían de salir, y sosteniendo el culto en sus iglesias durante todo el año.

Cofradía de la Piedad.
*Dibujo de V. Orejas.*

Los hermanos de dichas cofradías, asistían a las procesiones vistiendo una larga túnica negra, ceñida a la cintura por un cíngulo, y tocaban su cabeza con un capirote puntiagudo y una máscara, excepto la de «Jesús Nazareno», en la que vestían de morado.

Unicamente se hallaban exceptuados, para asistir a la procesión, de vestir la túnica obligada, los estudiantes de la Universidad, o del Colegio Mayor del Cardenal, los que asistían con sus hábitos de manteos y becas, estando sólo obligados a llevar sobre el pecho el escudo de la cofradía a que pertenecían. Que tal era el prestigio del manteo escolar, austero y noble, cual ningún traje, hasta el extremo de no considerar necesario el acrecentar su austeridad con la túnica.

Los hermanos a estas cofradías pertenecientes, eran iguales en todos tiempos: pero al llegar la época procesional se distribuían en hermanos de luz, que tenían obligación de acompañar los diferentes pasos con un blandón encendido, y en hermanos de disciplina, que eran los que hacían ofertas de disciplinarse, y los que voluntariamente se prestaban para este efecto. Estos, llevaban descubierta la espalda y se disciplinaban con cuerdas anudadas, llegando algunos a colocar pequeños abrojos en las cuerdas, a fin de hacer más cruenta la penitencia.

Los días anteriores a la Semana Santa eran de constante actividad para los cofrades, que hacían la distribución de los que habían de acompañar a cada paso, y organizaban la perfecta división de todos los servicios, para mayor lucimiento de la procesión.

## EL MONUMENTO

En todas las iglesias se levantaba, como aún continúa haciéndose, un monumento representativo del sepulcro del Señor, el que se construía de bastidores y lienzos pintados, como el que para las Angustias hizo Juan de Juni, o el suntuoso que para el Convento de San Francisco, le fué encargado al pintor Pedro Díaz Minaya, en 1600, el que representaba un edículo gigantesco con capiteles, basas, frisos y molduras doradas, columnas semejando alabastro, y el sepulcro de oro.

En este sepulcro central, guardado por soldados romanos, se depositaba el Santísimo Sacramento, que se sacaba del viril u ostensorio, ceremonia que se celebraba ante notario, el que levantaba acta, y después de cerrar y lacrar la arquilla en que se depositaba, entregaba la llave en depósito a la persona de más relieve en la parroquia o cofradía, el que la guardaba hasta el día glorioso de la Resurrección, en que volvía a ser colocado en el ostensorio.

Cofradía de Jesús Nazareno.
*Dibujo de C. Núñez.*

## LA EXPOSICION DE LOS PASOS

Durante los días de Semana Santa, alguno de los pasos que poseían las cofradías penitenciales eran expuestos en la Plaza Mayor, para admiración y edificación del pueblo, y en un pulpitillo que se levantaba inmediato a ellos, algunos oradores sagrados explicaban a la concurrencia las escenas de la Pasión, sobresaliendo en esta labor, y hasta poseyendo ciertos derechos para ella, los frailes del vecino convento de San Francisco.

Prohibida luego esta costumbre, los cofrades de las Penitenciales pleitearon por sus derechos, y consiguieron un auto del Concejo para seguir practicándola, siendo suprimida luego por propio acuerdo de las Penitenciales.

## LAS PROCESIONES

La primera procesión era la del Domingo de Ramos. Salía de la Iglesia de la Cruz, en la Platería, por la mañana, y con lucido y numeroso acompañamiento de luces y palmas llevaban el paso del Triunfo de Cristo en Jerusalén, vulgarmente llamado de «la borriquilla», al convento de San Francisco, el que se depositaba en el presbiterio durante la celebración del oficio y bendición de los ramos, y terminada la ceremonia se le llevaba en procesión por el claustro, nave de Santa Juana y patio de la iglesia, y luego de entrar de nuevo en ella, le volvía su cofradía procesionalmente a la Iglesia de la Cruz.

El miércoles, por la noche, se verificaba, desde las iglesias penitenciales a los conventos desde donde habían de salir los pasos, su traslado, con acompañamiento de luces, que llevaban los hermanos, y no escaso ruido, llevándose en esta forma los de la Pasión, al convento de la Trinidad Calzada; los de la Cruz, al de San Francisco; los de la Piedad, al de la Merced Calzada; los de las Angustias, a San Pablo, y los de Jesús, a San Agustín.

Cofradía de las Angustias.
*Dibujo de C. Núñez.*

El día de Jueves Santo comenzaban a salir las procesiones.

La primera que salía era la de la Pasión, que, como hemos dicho, salía del Convento de la Trinidad Calzada, situado en la calle de la Boariza, hoy Doña María de Molina, y recorría las calles de la Pasión, Plaza Mayor, Lonja, Platerías, Cantarranas y pasando por delante de la iglesia Mayor, volvía por la de Orates a la Plaza, entrando en la iglesia penitencial de la Pasión.

Llevaba esta procesión, según nos dice Pinheiro da Veiga, un guión delante con dos borlas, que llevaban dos hermanos de la cofradía; seguían después, dos trompeteros con las trompetas destempladas, y luego, entre 650 hermanos de luz, con blandones de cuatro pábilos y 1.400 disciplinantes, un cofrade llevaba a cuestas una gigantesca cruz dorada, y detrás iban los pasos de La Oración del Huerto, Prendimiento, Los Azotes, Cristo ayudado por el Cirineo llevando la Cruz, Nuestra Señora con San Juan, la Crucifixión y Nuestra Señora con Cristo en los brazos, y las Marías detrás, cerrando la procesión un corregidor y varios alguaciles.

La segunda procesión del día de Jueves Santo, era organizada por la Penitencial de la Cruz, y saliendo del Convento de San Francisco, en la Plaza Mayor, y dando vuelta a dicha Plaza, entraba por la calle de la Lonja, Platerías, Damas y Cañuelo; iba por la Iglesia Catedral y por la de Orates, Fuente Dorada y Platerías, entraba en su Iglesia.

Despedía la procesión, a su salida del convento de San Francisco, la comunidad de dicho convento, cantando en el atrio de su iglesia, abriendo la procesión doce franciscanos, a los que seguían la clerecía de la parroquia de Santiago, y luego, entre más de mil hermanos de luz y numerosos disciplinantes, iban los pasos de la Ultima Cena, la Oración del Huerto, el Prendimiento y desorejamiento de Malco, la Verónica, la Crucifixión, la Lanzada de Longinos, el Descendimiento de la Cruz y Cristo muerto en brazos de la Virgen, cerrando la procesión los Alcaldes de la Sala del crimen de Chancillería.

El Viernes Santo, por la mañana, salía otra del convento de la Merced Calzada, donde hoy se halla el cuartel y la Comandancia de Intendencia, la que era organizada por la Cofradía de la Piedad, en que se ostentaban también notables y numerosos pasos, y acompañada de 600 antorchas y unos 1.000 disciplinantes, recorría la hoy Plaza del Museo, calle de Librerías, Plaza de Santa María, Cantarranas, Platerías, Lonja, Plaza Mayor y Orates, entrando en su iglesia por la calle de Pedro Barrueco.

En la misma mañana del viernes salía otra del convento de San Agustín (hoy Parque de Intendencia), organizada por la Cofradía de Jesús Nazareno que recorría las calles del rótulo de Cazalla, pasaba por delante de la iglesia vieja de San Miguel, en la Plaza de su nombre, calle de las Damas, Plaza del Almirante, Catedral, Orates y Plaza Mayor, entrando en su iglesia de Jesús en la calle de su nombre.

En ésta se llevaban algunos pasos, entre ellos el Jesús Nazareno, de Hernández, que daba nombre a la Cofradía, y los hermanos vestían túnicas negras y moradas, y llevaban sobre los hombros cruces negras imitando la gloriosa caminata de Jesús al Calvario.

El Viernes Santo por la tarde salía la más importante de las procesiones que se celebraban en Valladolid, la procesión de la Soledad organizada por la Cofradía de las Angustias y en la que se llevaba la prodigiosa imagen que Juan de Juni tallara para ella.

Salía del convento de Dominicos de San Pablo, y recorriendo la calle hoy de las Angustias, plaza del Almirante y Cañuelo, pasaba por la Catedral, calle de Orates, Plaza Mayor, Pla-

terías y Cantarranas, entrando en la iglesia de las Angustias.

Esta era la más solemne de todas, y a más del paso de la Soledad llevaba el llamado «Los durmientes». A dicha Cofradía pertenecían las personas más graves y prestigiosas de la ciudad, y, como en las otras, eran muy numerosos los hermanos de luz y de sangre o de disciplina que la acompañaban.

El Sábado Santo los hermanos de la Cofradía de la Caridad, filial de la Pasión, que ayudaban a bien morir a los ajusticiados, recogían, desde el año 1578 en que les fué dada licencia por los Alcaldes del Crimen los huesos de los ajusticiados, que estaban, según práctica penal de la época, en los caminos; y reunidos en ataúdes los colocaban en el Humilladero que la Cofradía de la Pasión tenía fuera del Puente Mayor, donde al día siguiente, Domingo de Resurrección, se decían por cuantos sacerdotes concurrían, misas por sus almas, pagando las limosnas debidas dicha Cofradía, y luego, a la tarde, colocados los ataúdes en una litera llevada por acémilas enlutadas y acompañados de los cofrades a caballo y numeroso acompañamiento de eclesiásticos y seglares, con hachones, y doce religiosos del Convento de nuestra Señora de la Victoria, llegaban al convento de San Francisco donde otros doce religiosos, con cruz alzada y ministros, recibían los ataúdes y los encerraban en la sepultura que para este efecto tenían en el patio sgundo de dicho convento, en cuyo altar se decían al día siguiente misas, encargadas por personas caritativas, diciendo luego los franciscanos la misa mayor.

Así era la Semana Santa en Valladolid en los viejos tiempos; el pueblo vallisoletano y numerosas gentes de las villas aldeanas, y aun de luengas tierras, venían a presenciar sus solemnes cultos y sus famosas procesiones, en que no se sabía que era más de admirar, si el recogimiento o fervor de los cofrades, el suntuoso desfilar de las procesiones o el arte prodigioso de los pasos, que se había sublimado hasta lo inconcebible al ponerse al servicio de la fe.

SATURNINO RIVERA MANESCAU.

Gestas.

*Gregorio Fernández.*

La Virgen y San Juan.

*Juan de Juni.*

Siéntome a las riberas destos ríos,
Donde estoy desterrado, y lloro tanto,
Que los hacen crecer los ojos míos.
Si alguna vez por consolarme canto,
Es cosa para mí de tanta pena,
Que tengo por mejor volverme al llanto.

Lcdo. Juan López de Ubeda

# La Semana Santa en el presente.

## el encuentro de la Ciudad consigo misma.

LA primavera ronda la cintura de la ciudad. Por las calles que dan al campo, penetra el olor del río, de las praderas humedas, de los trigos verdes. Perfume de campo libre, sin obstáculos de montañas ni amortiguadores de frondas. Y con el perfume, la luz. Esa luz ancha de Castilla, que tensa la mirada y permite descubrir, en todo su repertorio puntillista de hojas blancas, la copa de aquel almendro en flor, lejano y casi microscópico, que se perfila en el horizonte como un velero. Es un gozo, en estos días que sirven de prólogo a la Semana Santa de Valladolid, pasear morosamente por las calles de la ciudad antigua, en actitud reconquistadora de eternidad. Va cayendo la tarde, deshojada, igual que una gran rosa. Perspectivas de calles largas y estrechas, tras cuyas tapias de cal violeta se adivinan conventos viejos y palacios tristes, en un mansa clausura de siglos. Santa Isabel, Fabionelli, San Benito, Santa Catalina... Patios con arcos, pozo y emparrado. Son los barrios de los antiguos «gremios» en los que todavía queremos escuchar los golpecitos de los plateros, de los fundidores, de los picapedreros, de los orfebres. Es la ciudad fiel a sí misma, a su continuidad, a lo más profundo de su esencia. Lejos quedan las calles con edificios altos y toldos de listas verdes y amarillas, las fachadas modernas, que lo mismo sirven para una ciudad que para otra, en ese concepto comunista de las cosas en «serie». En cambio aquí, en esta calle de Platerías, o en esta otra de las Angustias, o en la Plaza de San Pablo, o entre las casucas de San Martín, se siente la ciudad con todo su peso de siglos y todo su volumen de historia. Se ha hecho el crepúsculo. Sin apenas tiempo para recoger en los ojos cada color, la luz se va descomponiendo en infinitos tonos, desde el oro fuerte de la torre de San Martín, coronada por el garabato japonés de una cigüeña, hasta el gris azulenco de la piedra afilada de la Antigua, pasando por el rosa pálido de la Catedral con suave revoloteo de palomas. Y de pronto, han empezado a sonar las campanas. En el hilo de sus bronces se perpetúa la auténtica sensibilidad de la ciudad. Es el momento de las torres, de las veletas, de la vida alta del espíritu. Diríase que la ciudad se encuentra clausurada en un fanal transparente. Es el tiempo remansándose en el trasmundo de la eternidad. Perfume, luz y sonido que se ciñen a la ciudad para que acuse hasta el más imperceptible latido de su pulso. Desde una ventanita, un señor con cuello duro y corbata negra—uno de esos señores que tanto saben de la ciudad—contemplará con júbilo, el ambiente de este atardecer. El escenario está dispuesto. En las sacristías, con olor a polvo, incienso y cera, los cofrades adornan los «pasos». Ha refrescado. Por la calle de las Angustias, vuelve la gente de confundir sus ojos, con los ojos dolientes de la Virgen de los Cuchillos.

Cofradía del Entierro de Cristo.
*Dibujo de C. Núñez.*

Cofradía de la
Preciosa Sangre.
*Dibujo de C. Núñez.*

## LA PROCESION DE LA BORRIQUILLA

Nada que simbolice mejor la alegría del Domingo de Ramos, que esta procesión infantil de la Borriquilla. ¡Cuántos niños en esta procesión! Tiene el aire un tono jovial de primavera. La mañana va madurando de oros nuevos. Diríase que todo es nuevo en este día, recién creado. La luz, en los miradores; la brisa, en las calles... Cada procesión vallisoletana impone en los espectadores una diversa actitud. Se conmemoran los acontecimientos de la historia de Cristo con el justo sentido que cada cual requiere. Es el alma de la ciudad que sigue, en estos días, paso a paso, los sublimes misterios. Es como si toda la ciudad se hiciese de pronto, liturgia y rito, devoción y fe. De la misma manera que la Iglesia manifiesta con los colores de las sagradas vestiduras, su esperanza, su dolor, su penitencia, en los diversos tiempos del año religioso, así también Valladolid, define con sus procesiones el significado de cada día de la Semana Santa.

Hay un refrán vulgar que dice: «Domingo de Ramos, el que no estrena, no tiene manos.» La muchacha, estrenará su vestido de seda; el niño, sus zapatos de charol; el soldado, sus guantes blancos... Mas también estrenamos en este día las altas emociones del espíritu, que tiende en la calzada los ramos de su alegría para que entre ellos pase la Borriquilla con Jesús.

Por las calles desfilan lentamente los niños con palmas y olivos. «¡Gloria al Hijo de David...!», cantan las voces infantiles. Y es la procesión como un fresco río de blancura coronado por los soles rubios de las palmas y las banderas verdes de los ramos. Allá van los niños de las escuelas públicas, con sus modestos trajes recién planchados, custodiados por sus maestros que, en ese momento, son padres sobre todo. Y las colegialas con uniforme negro, banda de seda y velo de tul, igual que pequeñas vírgenes de un cuadro de Fray Angélico, aquel primitivo tan espiritual y tan sencillo, tan elegante y tan exacto. Se siente en el pecho un escalofrío de rosas pálidas que punzan por salir transformadas en emocionados suspiros. No hay nada que despierte en nosotros una emoción más pura y tierna que la infancia. Esta infancia, al servicio de Dios, que alza sus manos al aire azul de la mañana triunfal, con ramos y palmas, y canta cosas bellas al Hijo de David. Es esta procesión como una gloriosa alegoría bíblica, miniaturada en la vidriera de una catedral gótica. Son los niños en torno de la sonrisa mansa de Jesús, el Maestro, que parece ir diciendo desde su negra Borriquilla: «Dejad que los niños se acerquen a Mí.» Y se acercan a Jesús—lirio morado en oleaje de jazmines—, no sólo los niños, sino los hombres, las mujeres, toda la población. Y aquel guardia urbano, tieso com una estatua dentro del paño azul del uniforme con puños blancos, no puede impedir que la viejecita se salga del macizo acordonado del público, para arrojar al paso de la Borriquilla un puñado de hojas de rosas cortadas tal vez en un silencioso patinillo conventual.

Ya va a lo lejos la procesión subrayada por los oros reverberantes de la Banda de Música. Todavía se percibe claramente, entre tanta espuma blanca de velos y de lazos, la mano violeta del Señor Arzobispo, dando bendiciones a un lado y a otro de la calle primaveral del Domingo de Ramos.

## LA PROCESION DEL VIA-CRUCIS EN EL RELENTE DEL ATARDECER DEL MIERCOLES SANTO

El crepúsculo, es el momento adecuado para las procesiones de Semana Santa. Es la hora en que va cesando el trabajo. Vuelven los obreros de las fábricas. Se bajan las trampas de los comercios. El hombre se reintegra a la vida de familia y se recoge en sus más íntimos pensamientos. San Ignacio de Loyola nos hablaría de «composición de lugar». A lo lejos quedan los últimos

humos de las altas y coloradas chimeneas. Esas chimeneas que junto a las torres, descubren la ciudad a los ojos del viajero. Tránsito del día a la noche. Desvanecimiento de la luz, De repente, se prende la decoración de los faroles. Faroles típicos a cuya vera forman rueda los niños de la vecindad para cantar romances de reinas y palomas, de cadetes y cartas de amor. La gente va tomando posiciones para presenciar el paso de la Procesión del Vía-Crucis, que bien podemos llamar la procesión de los encuentros. Sale el cortejo de la Catedral. Cirios y más cirios que apaga el vientecillo fresco de la noche como símbolo de que no hemos de confiar mucho en nuestras propias fuerzas. La procesión atraviesa la Plaza de Onésimo Redondo y se dirige hacia la Iglesia de la Cruz. Figuran en esta procesión el Nazareno de la Iglesia Penitencial de Jesús y un Cristo del mismo templo, hermosa talla de fines del siglo XVII. Las diversas Cofradías esperan con sus «pasos» en cada estación. Al pié de la Iglesia de la Cruz, sale a recibir estas imágenes la Dolorosa, de Gregorio Fernández. Los semblantes de las tallas, cobran en este momento valor de eternidad. Parece que se renuevan las lágrimas de la Virgen y los dolores de Jesucristo. La luz eléctrica deja paso a la gracia flúida de las bengalas que prestan a la piedra calidad de seda. Es la fantasía de la luz, en infinitos verdes, rojos, azules y violeta, actuando sobre la rigidez de la piedra. Y las líneas equilibradas del pórtico de la Cruz, sienten el estremecimiento del color para hacerse dibujo transparente, casi cristal, igual que nuestras almas. Se entona la Salve Popular. Son las mismas palabras y los mismos sones de hace muchos años que se repiten con la misma emoción de siempre por el pueblo unido en el abrazo escalofriante de la fe. *Ruega por nos, Santa Madre de Dios*... Y otra vez en marcha por la antigua calle de Cantarranas—con tiendecitas de pequeños artesanos, con clásicas imprentas—, en busca de la Iglesia de las Angustias. En los balcones y ventanas no cabe materialmente un alfiler. En las aceras, la gente se apiña firme en su devoción y calada de silencio. Ya estamos frente a la portada neoclásica de la Iglesia de las Angustias. Aquí sale la impresionante imagen de la Dolorosa de los Cuchillos, de Juan de Juni, la Zapatona, como la llamó el pueblo, a encontrarse con su Hijo. Otra vez las bengalas y la fantasmagoría del aire encendido. Volvemos a cantar la Salve. Toda la circulación está detenida, porque toda la ciudad está pendiente de la Virgen, de su Virgen de las Angustias, a la que todos hemos rezado, primero de niños, después de mayores, *Vuelve a nosotros esos tus ojos*... Y la Virgen nos mira a todos, y a todos nos consuela, porque conoce el fondo de nuestros corazones, nuestras penillas, nuestras preocupaciones, nuestro dolor de humanidad. Un gran foco ilumina la solemne entrada de la Virgen, de espaldas al templo, porque no quiere dejar de mirar a sus hijos, mientras suenan, amplios y lentos, los acordes del Himno Nacional. Mañana, Jueves Santo, volveremos a ver a la Dolorosa de los Cuchillos cuando hagamos el recorrido de las estaciones.

Ha vuelto el bullicio de la ciudad. Los autos detenidos, han vuelto a poner en marcha sus motores. La tartana de la lechera, con sus alegres cascabeles, sigue haciendo su vereda. Y el guardia de la porra impone su indiscutible dictadura en la multitud para que abra paso a la Banda de Infantería, que desfila tocando «Los Voluntarios». Tras ella se van los chicos que sueñan con ser militares y con tener fusiles de verdad.

## LA PROCESION DE LA PIEDAD Y DE LA CARIDAD

Sale al atardecer del Jueves Santo de la Iglesia de la Magdalena. Barrio triste del Hospital, del Prado de la Magdalena, del Sanatorio Enfermería, del Pabellón de niños tuberculosos, de las Cárceles... Más allá, la calle del Amor de Dios, el camino del Cementerio, como una cinta violeta de cofradía de la Buena Muerte. Es la procesión de los abogados y de los médicos que van a llevar el consuelo a los que sufren en el Hospital y en la Cárcel. Salen las Cofradías de la Piedad y de la Preciosa Sangre. La Coral

Cofradía Emissit-Spiritum.
*Dibujo de C. Núñez.*

Cofradía
Legionarios Católicos.
*Dibujo de C. Núñez.*

Vallisoletana de Educación y Descanso presta su voz en el Hospital y en la Cárcel. Se asoman los enfermos y los presos. Y suena el *Perdón, oh Dios mío,* ese canto sublime y popular, que nos une a todos, enfermos y sanos, presos y libres, en fuerte abrazo de fe. Cristo buscó a los pobres y a los enfermos para librarlos y curarlos con su mano milagrosa.

## LA PROCESION UNIVERSITARIA DEL CRISTO DE LA LUZ

La Universidad se incorpora a las grandes solemnidades de la Semana Santa en Valladolid, con la procesión que pudiéramos llamar de «docentes». La Hermandad del Cristo de la Luz agrupa a todos los hombres que se dedican a la enseñanza para que sientan en corporación la comunidad de la fe. Frente a la Universidad liberal que se encoja de hombros ante los profundos problemas espirituales. La Universidad católica que proclama su estirpe y manifiesta pública y oficialmente su fe. No hay ciencia auténtica sin cimientos morales. Es el Cristo de la Luz—la sobria e impresionante talla de Gregorio Fernández—, amparando bajo la sombra extendida de sus brazos a cuantos participan en la noble y alta misión de enseñar.

Sale esta procesión el Viernes Santo, en el silencio dorado de la prima tarde, del histórico Colegio de Santa Cruz, en cuya Capilla se rinde culto a la popular imagen.

En el trayecto, los cofrades docentes, con sus vistosas togas académicas, van rezando el Santo Rosario. Ya en la Catedral, la única imagen que figura en esta procesión—el Cristo de la Luz—, es colocado bajo el crucero. Allí se entonan el «Pópule Meus» y esos dolientes y hondos cantos populares—que tango llegan al corazón—del *Amante Jesús mío* y del *Perdón, oh Dios mío.*

La fervorosa ceremonia va subrayada con la palabra sagrada. Después nuevos cantos, y enseguida un solemnísimo Vía-Crucis.

Son las tres de la tarde, y tres largas campanadas hacen más patético el momento. Es la hora en que el Redentor murió para salvar al mundo. ¡Cómo emociona contemplar allí, bajas las cabezas, dobladas las rodillas, a la aristocracia de la ciencia!

Durante el itinerario de regreso, la procesión entonará el *Miserere.* Tras las tapias del jardinillo de la Catedral, asoma sus flores blancas un almendro. Hay colgaduras y banderas en los balcones de la Universidad, que el viento mueve mansamente. La Universidad castellana, la gloriosa Universidad de Valladolid, acaba de unirse como una antigua cofradía medieval al supremo dolor de Jesús en la hora sublime de su muerte. Los salmos del *Miserere* se pierden al fondo de la calle y hacen al aire más tranquilo y a la luz más transparente. Es la transparencia de la eternidad rozando a la ciudad con sus alas. Vuelve el Cristo de la Luz a su dosel de la Capilla Universitaria, para seguir presidiendo la labor docente de cada día, de cada hora.

## LA PROCESION DEL SANTO ENTIERRO

La ciudad del Viernes Santo, es la ciudad del silencio. Se puede caminar por el centro de la calzada, sin temor al taxi, a la bicicleta, a la moto vertiginosa. Las calles aparecen rubias de arena. Es el itinerario de la procesión, de la gran procesión, compendio y síntesis de todas las solemnidades de la Semana Santa en Valladolid. Si queréis gozar de un espectáculo maravilloso en que la fe y el arte se unen en intenso abrazo, venid a esta vieja ciudad de Castilla y ocupad uno de estos balcones típicos de la calle de las Angustias o de la Plaza Mayor. Aquí encontraréis auténtico fervor, florecido en el silencio impresionante del crepúsculo del Viernes Santo. Lo típico, en Valladolid, se convierte en clásico, es decir, en calidad universal. Podríamos decir que la tragedia de la primavera, ese luchar de nubes y resoles, esa inquietud del aire y de la luz, del corazón y del

pensamiento, tiene su justo desenlace en esta magna ópera religiosa de la procesión del Santo Entierro, que antes se llamaba la procesión de la «disciplina». He aquí un exacto calificativo. Todo se enmarca en un preciso concepto de disciplina. Disciplina en las filas y disciplina en el público. Vamos a asistir a un gran Auto Sacramental que exige ánimo recogido y espíritu de fe. Vamos a ver desfilar, al compás del lento redoble de los tambores, las figuras del Drama de la Pasión. Se ha hablado mucho del arte deshumanizado, del arte por el arte... Dejemos digresiones inoportunas. Lo cierto es que aquí el arte está al servicio de la religión, que tiene una misión de apostolado, que es—nos atrevemos a decir—un arte de «salvación».

Hay de pronto un revuelo en la calle. Es el murmullo que precede a las grandes solemnidades. El susurro de voces que surge en la sala cuando se levanta el telón. Ya viene la procesión. Y suenan los cascos de los caballos del piquete de la Guardia Civil. Calzón blanco y los espadines como juncos de plata. Enseguida, comienza el desfile de los «pasos». «Jesús atado a la columna»... Rodean el «paso» los jardineros de Valladolid, los pequeños huertanos, esos hombres que dedican las horas libres de su trabajo a cultivar microscópicas parcelas a la orilla del Pisuerga o del Esgueva. Cada imagen despierta un comentario en la multitud. Comentarios en voz baja, como oraciones, que hacen más sublime el momento. «Mira cómo llora la Virgen», dice la madre al niño pálido que abre mucho los ojos. «¡Qué malo debía de ser aquel sayón», responde el pequeño. Y van pasando, sosegadamente, los personajes de la Pasión. «El reventón», y el «Descendimiento», impresionantes, altos, dramáticos, como enormes catedrales. Y los Cristos Yacentes, de ese color de lirio estremecido de los tristes atardeceres otoñales. Y las Dolorosas pálidas... La «Quinta Angustia», y la Virgen de la Cruz, tan conocidas para nosotros como los rostros de las personas entrañables de nuestras familias... Largas hileras de los capuchones de las Cofradías, con sus colas de seda que arrastran el silencio de los penitentes anónimos, muchos de ellos descalzos. ¿Cuánto tarda en pasar esta procesión? No encontraremos en España, ni en el mundo, un conjunto más completo y armónico de arte procesional. Son los Juni y los Fernández y los Becerra, aquellos hombres que no necesitaban las exquisiteces del mármol para cincelar Cristos y Dolorosas. Les bastaba la blanda y perfumada madera de los pinos de Soria. El aire se ha hecho violeta y cristal. La procesión ha terminado. Diríase que las calles han quedado aradas con surcos de eternidad. Sobre el oro de la arena, en la calzada, hay pétalos de rosas deshojadas.

## LA PROCESION DE LA SOLEDAD

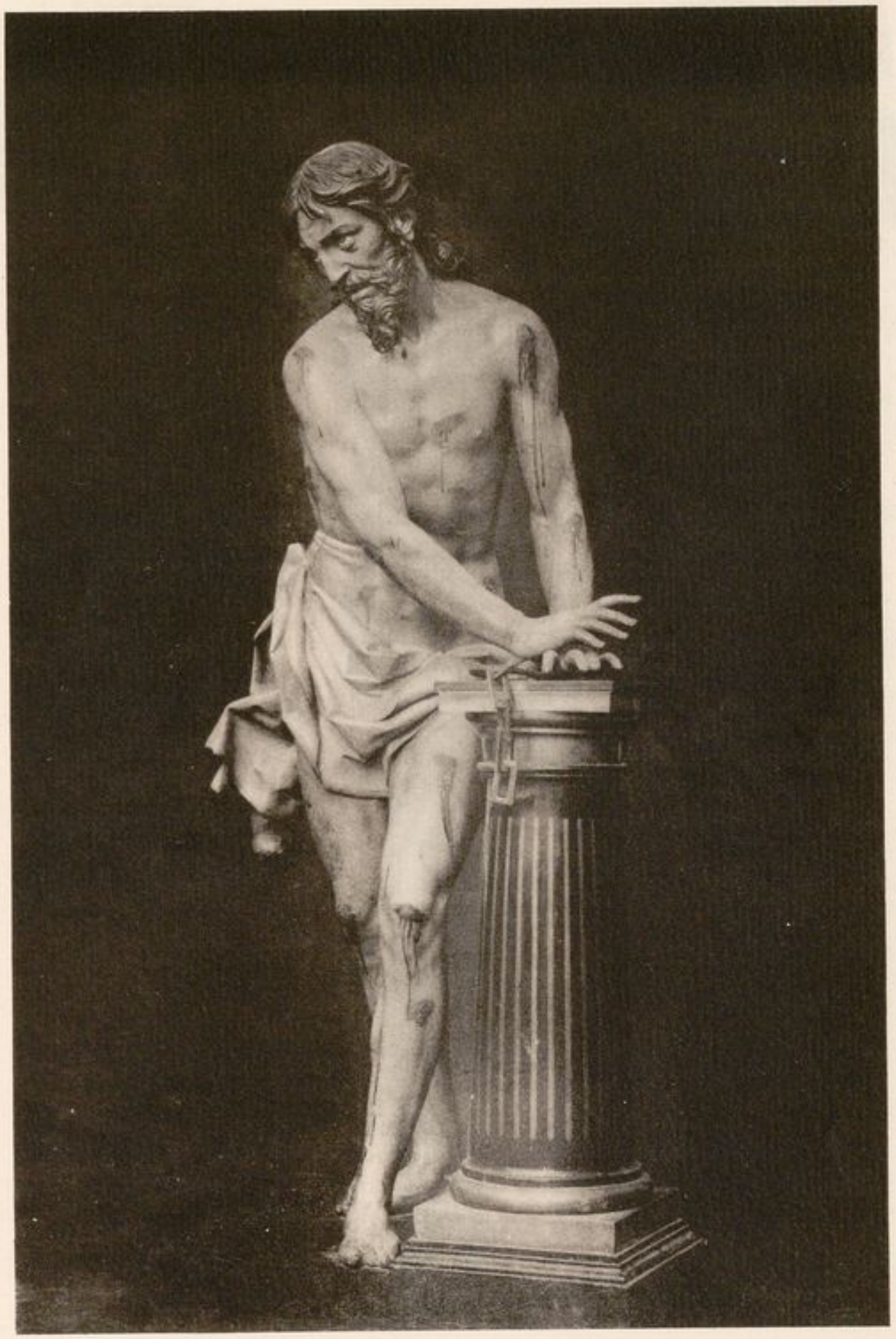
Noche de Viernes Santo. Todo invita a la soledad, a ese manso quedarnos con nosotros mismos empapados de místico fervor. La tragedia tiene este epílogo de dulce correr de lágrimas. Un único sublime personaje en esta procesión. La Virgen de las Angustias, la Dolorosa de los cuchillos, de Juni, despojada de joyas y de adornos. Y dándola guardia de honor, las mujeres de Valladolid. Allá van nuestras madres, nuestras mujeres, nuestras hijas. Son las mujeres de esta vieja ciudad, tan sufridas, con ese elegante silencio de la resignación cristiana. Sobran las palabras, porque la emoción es demasiado intensa. Y cuando estamos emocionados, lo mejor es callar. El eco de la Salve, llena todo el aire de la ciudad, se mete en todas las casas, sale al campo azul de la noche primaveral, allá donde cruzan los «expresos» de lujo, junto a la humilde casa de la guardesa. En el cielo, crece la luna como una rosa grande con promesas de Pascua de Resurrección.

FRANCISCO JAVIER MARTÍN ABRIL.

Cofradía de Vera-Cruz.
*Dibujo de V. Orejas.*

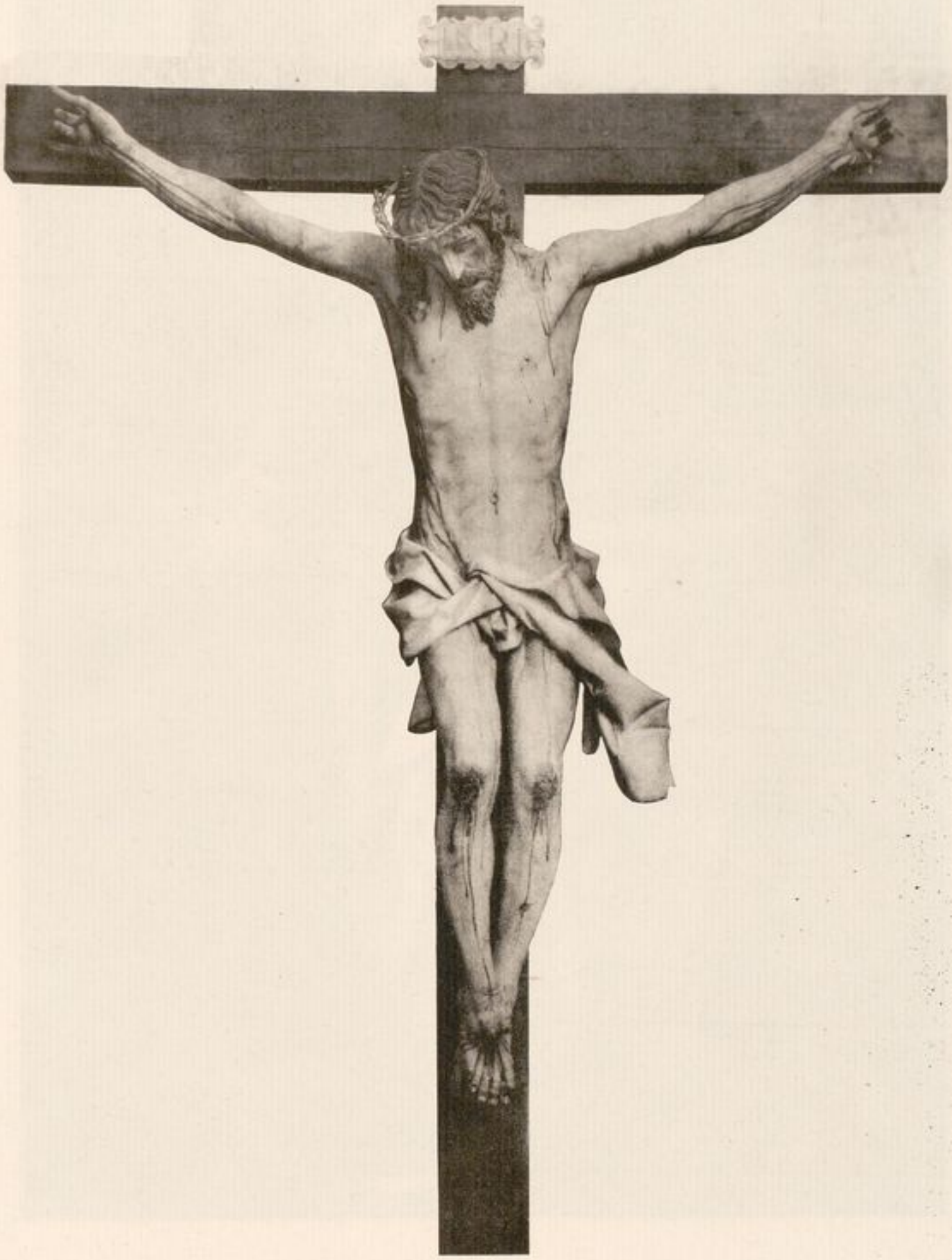
Sayón.
*Dibujo de E. San Juan.*

# Algunos ejemplos de nuestra imaginería procesional.



Jesús atado a la Columna.

*Gregorio Fernández.*



Santo Cristo de la Luz.

*Gregorio Fernández.*

La Verónica.

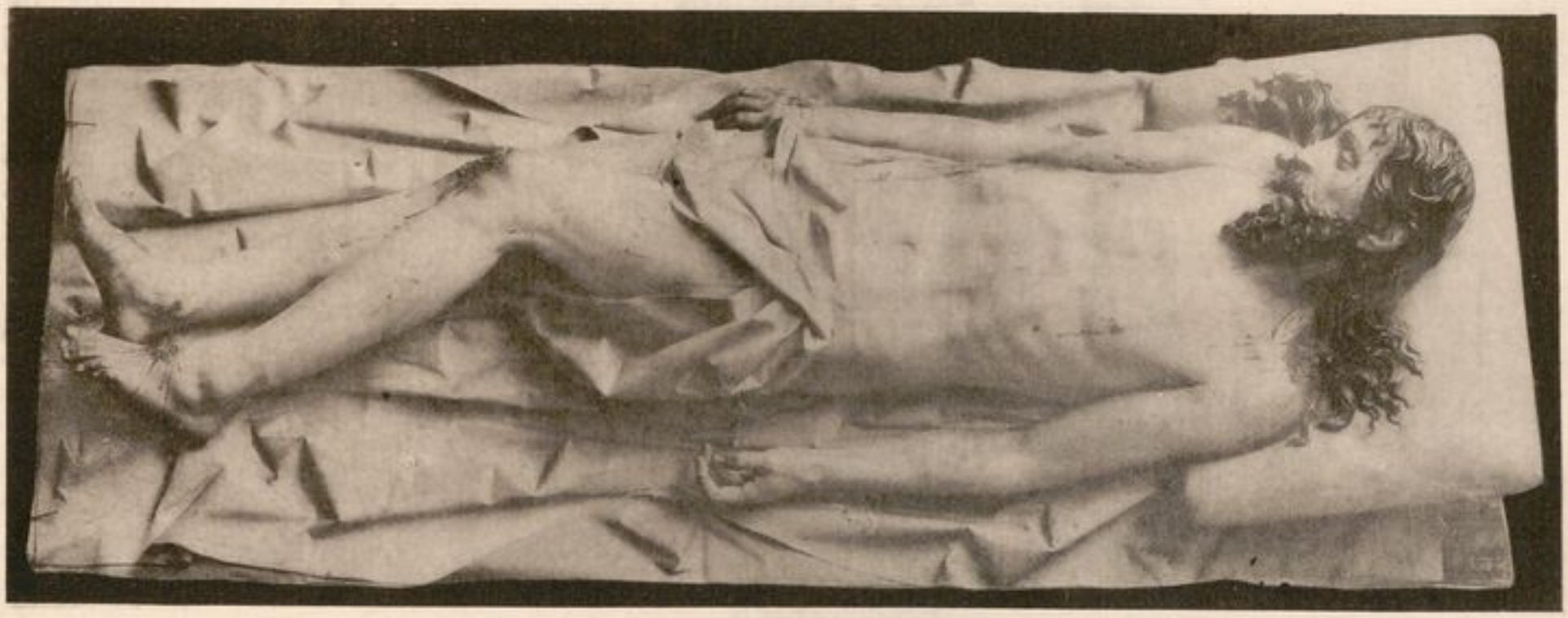
*Gregorio Fernández.*

Piedad.

*Gregorio Fernández.*

Piedad (detalle).

*Gregorio Fernández.*



Cristo yacente.

*Gregorio Fernández.*

El Descendimiento.

*Taller de Gregorio Fernández.*

Este fascículo ha sido editado a
expensas del
**Excelentísimo Ayuntamiento
de Valladolid;**
bajo la dirección del
SEMINARIO DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD,
y con la colaboración literaria
de los Sres.
*González Oliveros,
Rivera Manescau
y Martín Abril;*
la colaboración artística de los
*Sres. San Juan, Núñez y Orejas,*
y la fotográfica de los
*Sres. Gerbolés y Moreno.*
Imprimiéndose en Madrid,
en los talleres «*Hauser y Menet*».
y siendo encuadernado en la
*Casa de C. Alvarez.*
**Año de 1941.**